

David ALEGRE LORENZ: *La batalla de Teruel. Guerra total en España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018, 493 pp. ISBN: 9788491642954.

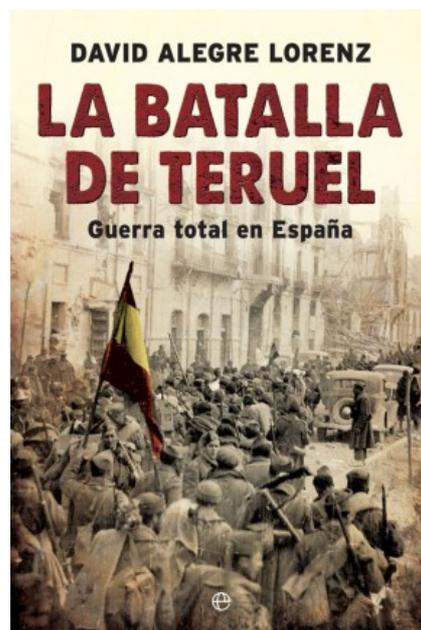
Carlos Gil Andrés
IES Rey Don García de Nájera

Una nueva visión sobre la batalla de Teruel

“Las batallas no se ven. Se describen luego gracias a la imaginación y deduciéndolas de su resultado”. Eso afirma Manuel Chaves Nogales en uno de los relatos de *A sangre y fuego*. Lo confiesa también un personaje creado por Max Aub en su novela *Campo de sangre*, un combatiente republicano en la batalla de Teruel: “Sabéis tanto como yo, más los bulos. ¿O es que creéis que un soldado sabe lo que hace? Hasta donde le alcanza la vista, y gracias. Lo demás cuentos”.

David Alegre conoce bien la desinformación del soldado de a pie, pegado a la tierra helada de una trinchera cualquiera, en el durísimo invierno de 1938. Como buen historiador, que ha investigado a fondo la documentación disponible, sabe mucho más de la batalla de Teruel que los propios protagonistas que vivieron los acontecimientos. Las batallas, las guerras, las explican los historiadores que conocen las causas, el contexto histórico, las motivaciones de los contendientes, los planes estratégicos, el desarrollo de las operaciones, los factores que explican el desenlace final y su repercusión posterior. Pero los historiadores militares tradicionales, como subraya David Alegre, han narrado los conflictos armados como si los ejércitos enfrentados fueran ingenios asépticos, perfectamente engrasados, que funcionan de acuerdo con principios mecánicos y reglas exactas. Presentan a los soldados y a los civiles como víctimas estáticas de maquinarias bélicas todopoderosas. Registran las bajas ocurridas en combate como si formaran parte de la contabilidad de una empresa, de una manera tan normalizada que, consciente o inconscientemente, olvidan lo que es esencial en cualquier guerra: la muerte, el sufrimiento y la miseria. Cuando escriben que hay “calma en las trincheras”, un “día tranquilo” o “escasa actividad en el frente”, trasladan a los lectores su insensibilidad, mostrando lo lejos que quedan sus relatos de comprender la complejidad humana de la experiencia bélica.

Aquí empieza el libro de David Alegre. Donde no alcanzan los estudios tradicionales de historia militar. Lo leemos en la introducción, como hipótesis de partida y declaración de intenciones. Su propósito es acercarse al horror de la guerra a través de un relato de carne y hueso basado en las experiencias de quienes tomaron parte en la batalla de Teruel. La manera diversa y cambiante en que miles de seres humanos, civiles y militares, confluyeron en el mismo escenario bélico y respondieron a las situaciones extremas que tuvieron que vivir.



Cómo mataron y murieron, por supuesto, pero también cómo se adaptaron a las circunstancias para intentar sobrevivir entre el terror y la compasión, entre la brutalidad más ciega y los episodios de solidaridad. Una historia social, a ras de suelo, de la batalla de Teruel. Un episodio que se convirtió, durante bastantes semanas, en uno de los centros de atención del mundo. Un ejemplo temprano, por la movilización de recursos, la potencia de fuego, y la desaparición de distinciones entre civiles y militares, de lo que los especialistas han denominado, con notable fortuna, la guerra total.

En el relato de David Alegre se entrecruzan, con soltura y ritmo narrativo, las fuentes de archivo disponibles, estudiadas de manera exhaustiva, con las memorias, los diarios y los testimonios orales. Se combina el análisis de las estructuras, los procesos y las dinámicas que permiten explicar la batalla desde arriba -como se ve en los mapas- con las acciones de los sujetos, pegados a la tierra, sometidos a condiciones estrechas, desde luego, pero hasta cierto punto capaces de tomar decisiones y de evolucionar a lo largo de las semanas intensas y traumáticas comprendidas entre diciembre de 1937 y febrero de 1938. Seguramente estamos ante el estudio más acabado y elaborado que presenta, dentro de la historiografía española, las posibilidades, enfoques y perspectivas abiertos fuera de nuestras fronteras por los llamados *estudios de la guerra o nueva historia militar*. Hablamos de la incorporación de los sujetos corrientes, de las experiencias individuales y de las percepciones y representaciones que articulan las personas como eje de la comprensión de los conflictos armados. Hablamos de la extensión de los estudios sobre las guerras mucho más allá de los límites estrechos y técnicos del gremio militar: la historia local, las redes de sociabilidad, la dimensión de género, el papel desempeñado por la cultura o por la ideología, las relaciones con la retaguardia, el sufrimiento de la población civil o el fenómeno de los refugiados, entre otros temas relevantes. Hablamos, en definitiva, de otra manera de acercarse a lo bélico. Un nuevo prisma de análisis que nos enseña que en las guerras, además de la muerte, la destrucción y la violencia generalizada también está la vida humana, con toda su riqueza y complejidad.

La batalla de Teruel fue un episodio de la guerra total. Y el libro de David Alegre es también un ejemplo de historia total. Por su extensión, riqueza y ambición. La propia estructura del libro ya nos anuncia que el historiador conoce bien el terreno que pisa. Los dos primeros capítulos nos presentan el escenario, Teruel y su entorno. Antes de la batalla. La sangre de las primeras víctimas no tiene que ver con el invierno congelado de 1938 sino con el calor abrasador del verano de 1936 y el terror desatado por el golpe de Estado protagonizado por los militares sublevados contra la Segunda República. Y la violencia no termina cuando se apaga el eco de los combates, tras la derrota de las armas republicanas. Continúa hasta el final del conflicto y en los años posteriores, como muestra el último de los doce capítulos, centrado en la posguerra, donde conocemos que, en múltiples aspectos, como la lucha diaria por la supervivencia o la resistencia armada de los guerrilleros de las sierras, la guerra en realidad no había terminado.

Un libro ambicioso porque el autor no se limita a explicar lo que sabe sino que muestra una especial preocupación por la manera de contarlo. Para intentar que el lector curioso que arranca la lectura de las primeras páginas tenga motivos para continuar, con interés, en busca del siguiente capítulo. Para aprender por el camino, porque el final de la historia, el desenlace de la batalla, la lo conocemos de antemano. Por el camino conocemos la dimensión histórica

del acontecimiento: una ofensiva militar concebida en un principio como una operación de distracción, sin demasiada importancia estratégica, se acabó convirtiendo en una larga batalla de desgaste que decantó la guerra, de manera irreversible, en favor del bando sublevado. Diez semanas que asombraron al mundo. El Stalingrado de la Guerra Civil española. En la opinión del autor, el episodio más decisivo de la guerra, más que la defensa de Madrid o que la batalla del Ebro. Alrededor de cien mil bajas entre muertos, heridos, enfermos y prisioneros. Recuerdo la carta de un camillero del ejército franquista, reproducida por Javier Cervera en *Ya sabes mi paradero*. “Durante todo el día hemos estado evacuando los heridos y por la noche los muertos (...) Al caer ya la tarde me encuentro en Caudé donde he estado ordenando los cadáveres que se han dejado en una especie de cuadra. Los hemos estado apilando, me he puesto perdido de sangre. El espectáculo es tremendo”. El matadero de Teruel.

Los capítulos centrales del libro nos muestran la capacidad del Estado republicano para organizar un ejército de masas profesional y disciplinado. Y para lanzar una ofensiva de gran escala teniendo en cuenta el enorme desafío que plantea el potencial destructivo de la guerra moderna. Un rayo de esperanza que asombró a la opinión pública internacional. Pero también un espejismo. La larga batalla de desgaste planteada por el alto mando franquista mostró las limitaciones del esfuerzo de guerra republicano. El Ejército Popular fue incapaz de reponer las enormes pérdidas humanas y materiales, sufrió una notable carencia de mandos intermedios, la inferioridad de sus apoyos exteriores y dificultades insalvables para mantener unas condiciones de vida dignas en el frente, un factor que quebró aún más la diezmada moral de sus combatientes. Una batalla de uniformes, insignias y correajes militares. Pero también de ropas, alpargatas y mantas de paisanos. El autor se muestra siempre atento para escuchar las voces que llegan del otro lado de la batalla: el sufrimiento de la población civil, las requisas y abusos continuados o la lucha por la supervivencia de los refugiados. Y algo más que no está en los datos fríos de las estadísticas ni en la prosa técnica de los informes oficiales. Las sensaciones, las emociones, los olores, los sonidos y las impresiones personales que nos describen la guerra a quemarropa: el caos y la confusión en la ciudad sitiada, el terror y la parálisis que se apodera de los soldados, el colapso físico y psíquico del combate extenuante, la cercanía que a veces existe entre el heroísmo y el pánico, entre el coraje y el miedo contagioso, que desdibuja los contornos de la realidad y los hace vagos y borrosos. Y también el frío siberiano a la intemperie, los cuerpos congelados, el shock traumático de los bombardeos de la aviación y la artillería, la mezcla del sudor con el hedor a podredumbre, con la higiene abandonada, la condena de los piojos, las enfermedades y el hambre. “No hay poesía posible en la guerra”, sostiene David Alegre, “y menos a ras de suelo”.

No sé si es posible la poesía. La poesía, quiero entender, como emoción estética, como descripción de lo bello. Pero desde luego es posible la literatura. Y que los historiadores aprendan de su capacidad para contar lo nos parece indescriptible, que conozcan sus recursos y posibilidades. Leyendo la viveza impresionista de algunos párrafos del libro de David Alegre he vuelto a las páginas de la novela *Campo de sangre* que giran en torno a la batalla de Teruel. A través de Max Aub podemos pasear por la ciudad sitiada y devastada. Ver las casas derrumbadas con sus esqueletos de madera al aire, las paredes abiertas como ventanas al cielo, los sillares arpadados de metralla, los cancelos desmenuzados, los muros apedreados de viruela, el mortero aboqueteado de cráteres rojos del ladrillo herido y los hilos de metal retorciéndose,

caídos al aire de su peso. Y tres dedos de polvo sobre todo. Para el novelista, las casas de Teruel tienen alma de madera. Al entrar en una de ellas anota cómo la destrucción siempre nos sorprende. En la pared sobreviven jirones de papel y un cromó hodegón. Del techo no quedan más que las cañas que alabean su cielo rayado hasta el montón piramidal de residuos, ladrillos, vigas y cascajo. Por la ventana desquijarrada se ve el paisaje, sin más sementera que la nieve. Y en ese vertedero, los ruidos de la guerra que llegan por todas partes. Se oye el cañón. El polvo y el miedo añascados en la garganta, el gusto amargo y húmedo del tiempo emparedado. Luego el silencio: “las piezas de la Muela, quizá las de Villastar, quizá las de Celadas”. Nombres que resuenan en la historia. Y un “frío quieto que lo carcome todo: sangre, paredes, cielo”. La materia inerte, la muerte, y también la vida. Una compañía de fusileros, con las barbas y los cascos sucios, sube hacia la cresta alta de la ciudad y se cruza con una compañía de trabajo, con sus palas y picos al hombro. A lo largo de la carretera se apelonan soldados intentando hogueras escasas. Y llegan más heridos, más refugiados: “sobre el cielo oscuro la nieve caída parece más blanca. Mujeres con mantas, viejos con mantas. El amor es una manta”.

Dice uno de los personajes de Max Aub que “la guerra civil levanta, hace crecer el ánimo, destruye la civilización, adelgaza y fortalece el cuerpo, fomenta la sangre para el mañana, no deja a nadie en paz”. A nadie en paz. Así termina el libro de David Alegre. Recordándonos que decir paz en el año 1939 era solo una manera de hablar. Anotando lo alargada que puede llegar a ser la sombra de la guerra, las múltiples dimensiones del sufrimiento humano, el amplio abanico de víctimas que dejó la batalla de Teruel. Una tierra sembrada entonces de cadáveres. Y ahora de restos materiales, concluye el autor, que merece la pena rescatar como un patrimonio valioso que puede “contribuir a construir y promover una visión crítica de la guerra y la violencia armada”. El autor no pasa de largo, ni sobre la batalla de 1938 ni sobre el Teruel actual. No puede hacerlo quien tiene un abuelo, artillero en el ejército franquista, que se resistió a ejecutar una orden de tiro: “¿Por qué te quedas ahí?”, le pregunto su superior. “Porque me manda usted tirar donde están mis padres”. La introducción del libro es una confesión de ese vínculo personal. Teruel es el hogar de los suyos. Un escenario donde el conocimiento histórico no puede separarse del todo de la emoción, del sustrato de experiencias humanas que esconde y a veces muestra la tierra. El libro y el autor han llegado para quedarse.